

DEL EMPUJE A LA CONTENCIÓN La incidencia de los referentes y sus efectos

Gloria Lucía Sierra A.

Uno de los elementos más importantes proporcionados por la propuesta epistémica que el psicoanálisis le hizo a la humanidad, en los inicios del siglo XX, fue la introducción del concepto de pulsión. *“La pulsión actúa como una fuerza constante, que no procede del mundo exterior, sino del interior del cuerpo... Al estímulo pul-sional lo llamaremos mejor necesidad, y lo que suprime esta necesidad es la satisfacción”*.¹

Con la introducción de esta manera de comprender la vida psíquica, Freud instaura a un sujeto determinado

¹ Freud Sigmund. Los textos fundamentales del psicoanálisis. Ed. Altaya Barcelona. 1983.

por sus impulsos y además de esto, responsable de ellos. Dicha propuesta causó, en su época, y sigue causando en la actualidad, diversas reacciones, muchas de ellas orientadas a negar su descubrimiento y a destituir todos los efectos que de ella se desprenden.

En este texto no nos ocuparemos de esta disertación. En lugar de ello, nos serviremos de los aportes que esta teoría nos ofrece, para buscar luces que nos permitan acercarnos a la pregunta que introduce la emergencia de la sexualidad en los niños, niñas y adolescentes.

En el abordaje de esta pregunta procederemos articulando a algunos elementos aportados por la teoría, segmentos de una viñeta clínica, en la que la emergencia de la sexualidad aparece, como es lo propio, de una manera precipitada, y logra ir construyendo los diques necesarios para su contención, a través de los referentes que le ofrece la cultura.

El niño y la pulsión

La propuesta teórica que Sigmund Freud le hizo al mundo, en los albores del siglo veinte, fue suficientemente provocadora en su época. La respuesta de rechazo que causó, en su momento, no era de extrañar considerando el contexto cultural en el que se producía, y en particular porque de ella se desprendía una concepción de la infancia, que revolucionaba todos los preceptos existentes.

En los Tres ensayos para una teoría sexual², Freud señala que los niños son sujetos, portadores de una sexualidad que busca su satisfacción en su propio cuerpo, desde

² Freud Sigmund, Tres ensayos para una teoría sexual. Obras completas. Amorrortu. Buenos Aires, 2005.

los primeros meses de vida. La noción de autoerotismo infantil, propuesto por la teoría psicoanalítica, nos pone de frente, a través de esta afirmación, con una realidad evidente: el niño es un ser activo sexualmente y busca su satisfacción haciendo uso de los recursos más próximos. En esa dirección las tendencias sexuales de los niños se alojan en los mecanismos funcionales del cuerpo y ligan a ella su satisfacción. De allí se desprenden las fases de la sexualidad humana nombradas por Freud, como oral, anal y fálica, períodos del acontecer sexual, en el que se privilegian eróticamente, determinados órganos del cuerpo.

La presencia de la sexualidad en el niño origina además de la erotización del cuerpo, otros procesos psíquicos importantes para su vida. Es a la tendencia sexual, justamente, a la que se le atribuye la inquietud que conduce al niño a hacerse preguntas sobre el origen, la diferencia corporal, y el nacimiento. El trámite de estas inquietudes genera en el infante una búsqueda que le conduce a construir teorías propias. En este intento por resolver el enigma que se desprende de su experiencia sexual, se instalan procesos intelectuales apuntalados en la curiosidad, que dan pie a posteriores pesquisas y aprendizajes. La posición singular de cada niño, en esta lógica, empieza a demostrar el rasgo único que caracterizará la particularidad de sus respuestas, no sólo en el ámbito sexual, sino en todas las dimensiones en las que esté involucrado su ser.

La particularidad de la condición sexual en un sujeto, va emergiendo entonces a partir de sus propias construcciones. En los cuidados personales que proveen los padres o cuidadores, por ejemplo, el niño erotiza de manera

singular su cuerpo. La elección de los puntos precisos y de las formas como se accede a ellos, corresponde a un fuero íntimo y único. Esta determinación que se produce en la infancia, no es de carácter consciente ni voluntaria; sin embargo, el sujeto ha de ser responsable de sus avatares, puesto que es él y solo él, quien tendrá que vérselas con sus efectos.

En la constitución de la particularidad sexual, tiene además un lugar prevalente el encuentro del niño con el lenguaje en sus distintas expresiones (palabras, imágenes y mensajes); con la cultura a través de sus costumbres, normas, e instituciones; con la familia, sus vínculos, expresiones y límites. De todo este tejido, el niño extrae una manera inédita que se adapte a sus posibilidades y con la cual pueda instalar su forma singular de goce sexual.

En el trabajo clínico con niños se puede observar fácilmente cómo empieza a emerger la condición única de la constitución sexual del sujeto. En la viñeta que vamos a trabajar en este texto, vemos cómo la singularidad del goce sexual de una niña está ligado a los elementos que antes mencionamos.

Se trata de una chica de 13 años, que empieza a interesarse en los jovencitos de su edad. Ella no se siente bonita, pero sabe que en su ser hay algo que resulta atractivo para los otros, su personalidad. Afirma: “Todos dicen que soy muy apreciada por mi alegría y espontaneidad, además soy muy conversadora y sé sobre muchas cosas. Los niños me buscan mucho y eso me gusta, pero me da la impresión de que no me toman en serio, siempre terminan cuadrándose con otras y no conmigo. No sé si será porque soy muy juguetona con ellos, a veces creo

que me tienen demasiada confianza. Hace poco me di cuenta que apostaron a que me daban un beso y lo hicieron; yo no supe qué hacer, entonces me reí.”

Tal como podemos apreciar, esta niña ha construido una manera de vincularse al otro sexo, a través de lo que ella nombra como alegría y espontaneidad. En esta lógica, el ser juguetona es una condición natural; sin embargo, empieza a generar un exceso, del que ella misma nombra sus efectos, “no me toman en serio”. Ante la emergencia de este exceso incontrolable, la niña no sabe qué hacer; por eso resuelve la situación riendo, sin dejar de registrar en su ser, un malestar que empieza a incomodarla.

La posición sexual que la particulariza, es el resultado no sólo del encuentro de la niña con los referentes familiares y culturales, sino, además, de la elaboración de su propia historia. Su madre es una mujer poco afectuosa, que vive en torno a sus actividades diversas, para resolver su vida sin un hombre. “Ella es muy fría”, dice, “yo no me imagino cómo me engendraron sabiendo que a mi mamá no le interesan los hombres. Para ella el amor y el sexo fueron horribles, es lo que le he oído decir. ¿Será que eso es verdad? Yo por eso voy a ser virgen todo lo que pueda. No voy a tener sexo hasta que sea mayor”.

La pregunta por la sexualidad aflora en la niña a través de su cuerpo, hay un deseo de acercarse corporalmente al otro, pero es simultáneamente sancionada por el propio psiquismo, instancia que toma sus referentes de las prohibiciones provenientes de la cultura. En esta encrucijada aparece una construcción propia, el jugueteo, actividad que le permite tener contacto físico con sus amigos, sin admitir su naturaleza sexual.

La frialdad materna, por su parte, de un lado deja a la niña en un lugar de carencia en el contacto corporal y de otro lado le provee como referente de identificación, una posición sexual femenina, determinada por la frialdad, que la separa del hombre, fuente de sufrimiento. Esta condición de la estructura familiar, genera una pregunta: ¿cómo me engendraron?

El contacto que se posibilita en el encuentro con los niños, provee una respuesta en esta dirección: me engendraron porque entre un hombre y una mujer existe una atracción sexual, condición que verifica de manera directa en el jugueteo. Una ganancia adicional al des-cubrimiento que obtiene de esta manera, es el placer que experimenta en dicho encuentro y que de alguna manera, aparece como compensación de las caricias negadas por la madre. La alegría, la espontaneidad y el saber sobre muchas cosas, le proporcionan, además, recursos para obtener la intimidad que requiere con el otro masculino; de esta manera se opone a lo que le viene de la madre.

Es bien interesante observar que es de la cultura de donde extrae las nociones del límite que requiere para contener eso que evidencia desmedido: “No voy a perder mi virginidad hasta que sea adulta”. Frontera que ella misma instala, y que efectivamente es proporcional al empuje que la determina en sus acercamientos.

Hemos visto cómo la sexualidad constituye efectos psíquicos fundamentalmente en dos vertientes, la autoerótica que anuda zonas específicas del cuerpo al placer, ubicándolas como puntos que singularizan el goce sexual en cada sujeto, y la vertiente del saber, enunciada por Freud y cuyo sustento es la curiosidad.

No es difícil capturar en los juegos exploratorios de los niños, la necesidad de verificar la diferencia sexual. Alrededor de este asunto hay suficientes desarrollos, dirigidos a explicar la angustia de castración que experimentan los niños varones, al ver la carencia del pene en las niñas, y la que viven las niñas, en tanto sienten que han perdido su miembro, como castigo por alguna acción de la que son responsables.³

Una pregunta fundamental empieza a instalarse en el pensamiento de los niños en este momento de su subjetividad: ¿cómo ser hombre? ¿cómo ser mujer? Preguntas que no se resolverán en las instancias del saber establecido y que perdurarán en los años en el contexto del encuentro amoroso. Lo cierto es que esa pregunta denota de manera clara que la sexualidad en la infancia, no está dirigida al intercambio con el otro, sino a la constitución propia y particular, de un saber requerido en el encuentro con algo que emerge de su ser.

Tal como lo habíamos señalado, el niño se sirve en este trámite de sus referentes más cercanos que son, en la mayoría de los casos, además del propio cuerpo, los padres. Esta referencia nos conduce al territorio del complejo de Edipo y de las identificaciones. Freud lo señala de manera precisa, hay dos tipos de identificación, la identificación al ser, que se establece con el padre del mismo sexo y la identificación al tener, que se produce con el padre del sexo contrario.⁴

³ Dolto, Françoise. *La causa de los niños*. Paidós. España, 1996

⁴ Freud Sigmund, *Psicología de las masas y análisis del yo*. Obras completas. Amorrortu. Buenos Aires, 2005

En el campo de las identificaciones, los niños extraen elementos que les permite nutrir sus propias construcciones. Allí se instala una pregunta, que reaparece en distintos momentos de la vida subjetiva y que está ligada a la forma particular de gozar del sexo. Para las niñas, ¿cómo hace mamá? Y para los niños, ¿cómo hace papa? Finalmente, ¿cómo es posible ese encuentro entre los sexos?

Volviendo al caso, observemos cómo se tramita este cuestionamiento en la niña, sin dejar de considerar la manera en que ella resalta la forma particular en que su madre se vincula al sexo masculino, a través de la frialdad.

Las vías que inventa cada sujeto para resolver el enigma de la sexualidad son inéditas. En este caso la niña empieza a tener contactos por internet, que superan el calibre de lo que hasta ahora era el modo de vincularse con los niños. Cierta día habla en consulta de un amiguito que le gusta mucho y con el cual chatea regularmente. Comenta que hay algo que hizo con él, que no le pareció bien pero que aun así, no pudo evitarlo; dejarse fotografiar, en las condiciones que él le exigía. “Eso me hizo sentir mal”, afirma, “pero a la vez me gustó, sentí algo rico, algo de placer”.

Este evento en la vida de la niña es trabajado durante varias sesiones; ella dice desconocerse en ese acto, pero afirma a la vez, que una parte de ella es así, a esta parte incontenible de su ser, la nombra la loca. Una lucha interna se instala por la tensión en que entran las dos formas de aparecer que la niña descubre en sí misma. Una es excitada y atrevida, según sus propias palabras, y la otra se parece a mamá, “es una dama”.

La pregunta de cómo ser una mujer y cómo hacer en el encuentro con un hombre, se intenta resolver entonces por dos vías, de un lado la exploración sexual sin contención que implica la presencia de la pulsión, y por otro lado por la identificación a un rasgo de su madre, el de la dama. Esta identificación tiene las condiciones de una manifestación proveniente del superyó, término introducido por Freud y desarrollado durante toda su obra, que alude a una instancia en el que una identificación, no cualquiera, implica una función de límite, respecto a la aparición de las mociones pulsionales. El superyó, entonces, sanciona y se hace, de esta manera, agente de la represión, condición que más tarde se le devuelve al sujeto como peso por la imperiosa exigencia del ideal.⁵ En efecto, esta identificación empieza a operar como contención. La relación que esta niña sostiene con sus compañeritos, inicia un proceso de recorte que ella misma origina a través de sus actitudes. Ser una dama como su madre, le agrada, le emociona. Ella sabe que esta identificación no es más que un hilo de contención, en relación a la potencia con la que hala la pulsión. En esta contrariedad se ubica cada vez que es demandada, en el lugar de objeto sexual, por el otro masculino. No obstante ha hecho uso del significante dama, no sólo en el ámbito del límite que representa, sino en la envoltura femenina que empieza a construir.

Sabemos por lo anotado anteriormente, que el superyó contiene un revés que le implica al sujeto un importante padecimiento. Contando con ello, es necesario que

⁵ Indart, Juan Carlos. *El peso de los ideales*. Paidós. Buenos Aires, 1999.

la niña empiece a construir un significante propio que consienta algo de su particularidad sexual, y que de al-gún modo conserve en parte la esencia de la dama que, según su lectura, extrae de la madre.

Una última referencia a Freud, nos permite concluir esta reflexión y pensarla no sólo en este caso, sino en aquellos que corresponden a la entrada de la adolescencia. Nos referimos al concepto de latencia.⁶ En la latencia, período posterior a la infancia, la energía pulsional es dirigida a otras representaciones ofertadas por la cultura, el arte, el deporte, el conocimiento. La desviación del fin sexual, es además procesada a partir de lo que Freud nombra como “diques psíquicos” que le permiten al sujeto, contener el empuje pulsional, sirviéndose de ideas asociadas a la repulsión y a la moral. Una vez operada la represión, la satisfacción pulsional queda postergada y se ubica al servicio de los parámetros establecidos por la cultura.

⁶ Freud, Sigmund. Tres ensayos para una teoría sexual. Obras completas. Amorrortu. Buenos Aires, 2005.

